

Nicolini y los leones

JOSEPH ADDISON

*Dic mihi, si fueris tu leo, qualis eris? —Mart.
(Dime, si fueras león, ¿cómo te comportarías?)*

No hay cosa alguna que en los últimos años haya merecido ser materia de mayor diversión para la ciudad que la pelea entre el Signor Nicolini* y un león en el Haymarket, lo cual se ha exhibido con frecuencia ante la satisfacción de la mayor parte de la nobleza y la gente bien nacida del reino de la Gran Bretaña. Al primer rumor de sus combativas intenciones, confidencialmente se afirmó, y aún se cree así entre los círculos de ambas galerías, que se enviaría un león domesticado desde la Torre para cada noche de ópera, con objeto de que Hydaspes** lo matara. Dicho reporte, aunque totalmente infundado, prevaleció absolutamente en las zonas superiores del teatro, al grado que algunos de los políticos más refinados en aquellas partes del auditorio comenzaron a susurrarse unos a otros que el león era un primo alemán del tigre que hizo su aparición en tiempos del rey Guillermo, y que la escena se abastecería de leones por cuenta del público durante toda la temporada. De similar corte resultaban las conjeturas en torno al trato que este león recibiría de manos del Signor Nicolini; algunos suponían que lo subyugaría *in recitativo*, tal como lo hacía Orfeo con las bestias salvajes en sus tiempos, y después lo golpearía en la cabeza; otros preferían creer que el león no se atrevería a poner sus zarpas sobre el héroe en virtud de la opinión difundida de que un león no puede lastimar a una virgen. Muchos, que

decían haber visto la ópera en Italia, habían informado a sus amigos que el león representaría una parte en alto holandés, y rugiría dos veces o tres al bajo profundo antes de caer a los pies de Hydaspes. Para esclarecer un asunto de registros tan variados, he tomado el tema entre mis manos con objeto de examinar si el presunto león era en realidad el salvaje que aparentaba ser o simplemente un espurio.

Pero antes de exponer mis descubrimientos, debo familiarizar al lector con el hecho de que, andando tras bambalinas el invierno pasado, mientras pensaba en otra cosa, accidentalmente me topé con un animal monstruoso que me espantó en extremo y, al examinarlo más de cerca, resultó ser un león rampante. Al verme tan sorprendido, el león me dijo, con un gentil tono de voz, que podía acercarme a él si quería “pues —dijo— no es mi intención lastimar a nadie”. Amablemente le di las gracias y pasé junto a él: poco después lo vi saltar al escenario, representar su papel y recibir un caluroso aplauso. Varias personas han observado que el león ha cambiado su manera de actuar dos o tres veces a partir de su primera aparición, lo cual no resultará tan extraño cuando informe a mi lector que han cambiado al león el mismo número de veces. El primer león era un despabilador que, dado su temperamento enojadizo y colérico, sobreactuó su parte y no se dejó matar tan fácilmente como se hubiera esperado; además, se observó que mostraba más rudeza cada vez que dejaba de ser león; y habiendo dado a entender en una conversación cualquiera que no había luchado lo mejor que podía, que se había dejado tirar de espaldas para forcejear, y que podría luchar en serio con el Sr. Nicolini cuando éste quisiera fuera de su piel de león, se consideró apropiado deshacerse de él: y en verdad se cree hasta hoy día que de habersele permitido subir a escena una vez más, por supuesto que habría hecho de las suyas. Además, se objetaba en contra de este primer león que alzaba demasiado las patas traseras y caminaba en postura tan erguida que se veía más como un hombre viejo que como un león.

* El Cavaliere Nicolino Grimaldi, napolitano, llegó a Londres en 1708. Su primera actuación fue en *Pirro y Demetrio*, en 1710, la última de las óperas híbridas anglo-italianas. En 1712 abandonó Inglaterra, después de haberse ganado el apelativo de “el mejor intérprete vivo, o que acaso jamás hubiera aparecido en escena, de música dramática” (revista *Spectator*, núm. 405). Addison hace alusión a su actuación en la ópera *Rinaldo*, de Mynheer Handel, en el núm. 5 de *Spectator*.

** Ópera de Francesco Mancini, puesta en escena en el Haymarket en 1710.

El segundo león era sastre de oficio, trabajaba para el teatro y poseía el carácter de un hombre dócil y tranquilo en su profesión. Si el anterior era demasiado furioso, éste resultaba corderil; tanto así que, después de un corto paseo por el escenario, se dejaba caer al primer contacto con Hydaspes, sin agarrarlo siquiera, dándole así la oportunidad a éste de lucir sus múltiples viajes por Italia. Se dice, ciertamente, que una vez logró rasgarle el jubón color carne, pero esto sólo fue para conseguir trabajo en su privada calidad de sastre. No he de omitir que fue este segundo león quien tan humano trato me dio tras bambalinas.

El león que actúa ahora es, según me informan, un caballero provinciano que lo hace por diversión, pero desea permanecer en el anonimato. Aduce hermosamente como excusa propia que no actúa por dinero, que se da el lujo de un placer inocente en esta actividad; y que es mejor pasar una velada de este modo que abandonado al juego o a la bebida; pero al mismo tiempo afirma, con cierta agradable chocarrería en torno a sí mismo, que si su nombre hubiera de conocerse, el mezquino mundo lo llamaría "El asno con piel de león". El temperamento de este caballero resulta una feliz mezcla de lo suave y lo colérico a grado tal que sobrepasa a sus predecesores, y ha logrado reunir los públicos más nutridos de los que jamás se haya tenido memoria entre los hombres.

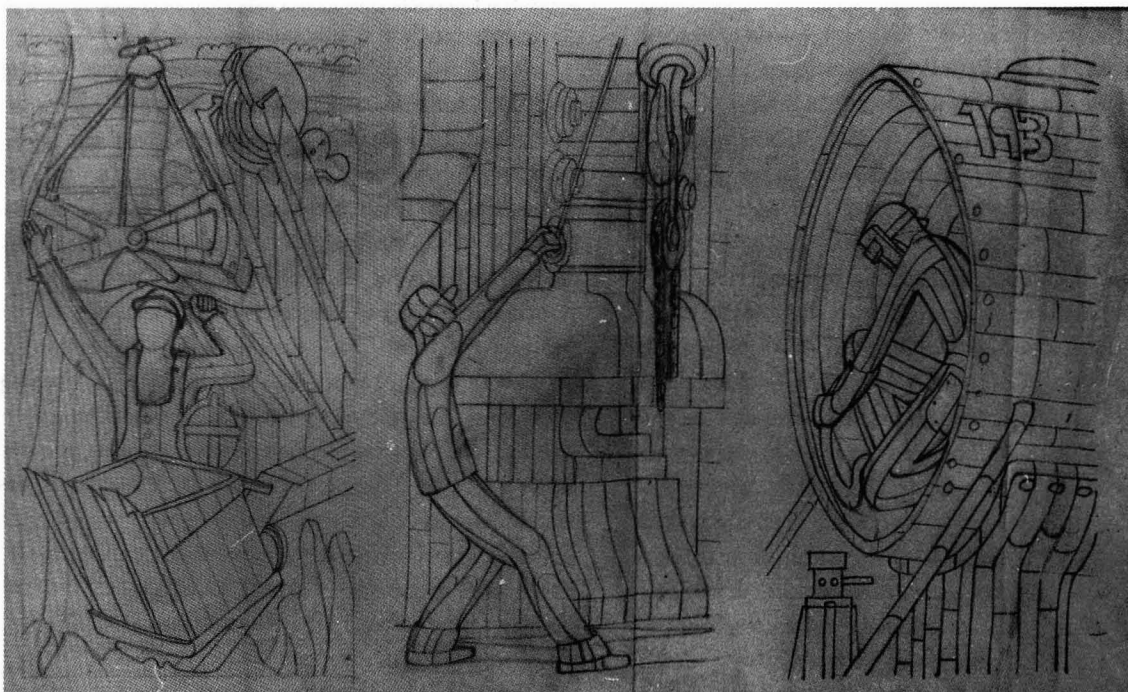
No he de concluir mi narración sin antes acusar noticia de un reporte infundado en desdoro de un caballero de quien debo declararme admirador, es decir, el Sr. Nicolini, quien hubo de permanecer apaciblemente junto al león tras bambalinas, ambos fumando pipa, dado lo cual sus enemigos comunes insinuaron que se trataba de un combate falso el que ellos representaban en escena; pero, preguntando por aquí y por allá, me he dado cuenta de que si tal contacto se estableció entre ellos, no fue sino hasta que el combate hubo terminado y el león se

hubo considerado muerto, de acuerdo cabal con las reglas del drama. Además, esto es lo que se practica a diario en Westminster Hall, donde no hay nada más común que ver a un par de abogados, que han estado desgarrándose uno al otro en la corte, abrazarse cordialmente tan pronto cruzan ese umbral.

No se piense que en parte alguna de esta relación he reflexionado acerca del Signor Nicolini, quien al representar este papel sólo complace al desdichado gusto de su auditorio; sabe muy bien que el león tiene muchos más admiradores que él y que, como dicen de la famosa estatua ecuestre sobre el Pont-Neuf de París, más gente va a ver al caballo que al rey que lo cabalga. Por el contrario, me provoca justa indignación ver a una persona, cuya actuación otorga nueva majestad a los reyes, más resolución a los héroes y mayor suavidad a los amantes, hundido así precisamente por la grandeza de su comportamiento y degradado al nivel de aprendiz londinense. Con frecuencia he deseado que nuestros actores trágicos aprendieran de este gran maestro del movimiento en escena. Si lograran usar sus brazos y piernas de modo semejante e impregnar sus rostros de tan significativas miradas y pasiones, ¡cuán gloriosa resultaría una tragedia inglesa con tal actuación, capaz de otorgar dignidad a los pensamientos forzados, a las frías presunciones y a las expresiones tan poco naturales de una ópera italiana! Mientras tanto, he relatado este combate con el león para mostrar lo que son, en la actualidad, los entretenimientos reinantes en la parte más cortés de Gran Bretaña.

Los escritores con frecuencia le han reprochado al público la vulgaridad de sus gustos; pero es una lástima que, según parece, nuestra necesidad actual no sea de buen gusto, sino de sentido común. ♦

TRADUCCIÓN DE PURA LÓPEZ COLOMÉ



Trabajadores de vía, anteproyecto para el vitral del Hospital de los Ferrocarrileros, ca. 1933, lápiz/papel